

frable». De alguna manera —y no quiero proponer facilidades— lo que ciertos generales alemanes sentían en presencia de Hitler: hipnosis y desvarío.

De aquí surgen algunas secuelas biográficas del maestro: sus discípulos se apartan de él hasta ser denegados (ejemplos: Gadamer, Marcuse, Arendt, Löwith), y sus derivaciones le resultan irreconocibles, como la antropología existencialista francesa, a la que conviene añadir el psicoanálisis lacaniano, la visión estructural de la historia (Foucault) y la crítica desconstruccionista (de Man, Derrida). Mejor que lo hecho por Heidegger resulta lo que promovió hacer.

Examinada en forma de constante traducción y con insistencia en sus recurrentes obsesiones, como hace Nolte, la filosofía de Heidegger se puede sintetizar en una crítica arrasadora de la modernidad, en tanto ésta ha privado a la verdad de su fundamento ontológico y, en consecuencia, a su conocimiento de todo asidero trascendente, dejando al hombre como ente auto-fundado y, a la vez, totalmente infundado. El ser se olvida en la dispersión de los entes, cuya totalidad es la historia. Cuanto más devenimos en el tiempo, menos ser tenemos, más lejos estamos de la unidad original. Somos mera apariencia. Dominamos las ciencias, pero ellas sólo dominan a los entes,

no al ser, que es dominio de la metafísica y objeto inaprensible de cualquier disciplina, porque el ser heideggeriano coincide con lo segrado: alteridad absoluta que está en todas partes y en ninguna, pleno de un sentido inefable y carente de cualquier significado. La metafísica de Heidegger es, pues, una suerte de teología sin Dios, un deambulaje laberíntico en torno a la perdida construcción primordial en la que se apoyó la teología católica de su juventud.

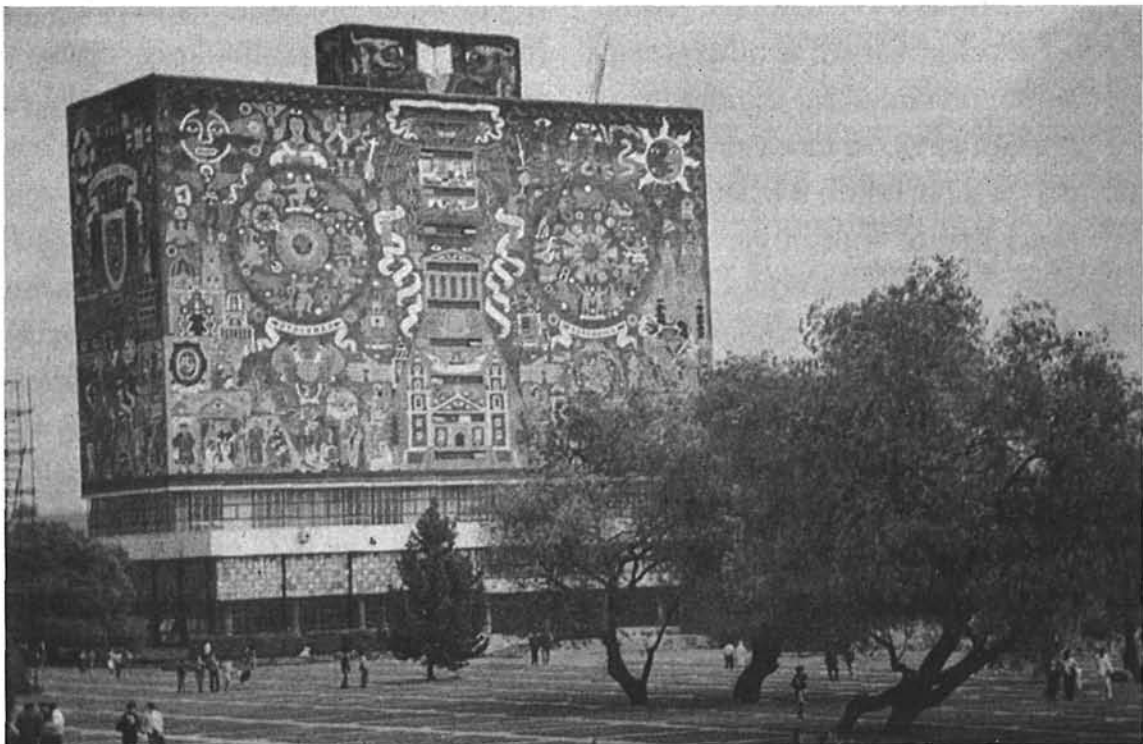
No es difícil advertir que todo pensamiento rasantemente antimoderno tiene un fuerte componente reaccionario, sobre todo si se le añade cierto énfasis nietzscheano y concluimos que modernizarse es un radical error de la humanidad, desde Sócrates en adelante. Tampoco es difícil armonizar la desesperación por la falta de fundamento con el fundamentalismo (lo vemos en estos días finiseculares). Heidegger, en 1933, creyó que los alemanes recuperaban el oculto ser verdadero del que los habían apartado la democracia y el socialismo, y esa coincidencia óptica llevaba el nombre de Adolf Hitler. La libertad, la elección de la muerte, el apoderarse de ese «cofre de la nada» cuya conquista es el paradójico estímulo de la vida, el correr anticipadamente a la muerte, como hacen los héroes, plenos de su destino, se convirtieron en la agresiva y disciplinada belicosidad

nacional-socialista. Y treinta años más tarde, el viejo Heidegger seguía creyendo que esta ideología antiliberal y antidemocrática era la única alternativa posible al comunismo, a la democracia mundial y a la destrucción tecnológica del planeta, aunque los nazis no hubiesen sabido cumplirla cabalmente (¿por suerte o por desgracia?).

El honorable recorrido de Nolte no sólo revisa a Heidegger y a sus críticos, sino que nos plantea uno de los tantos dolorosos anacronismos del siglo que acaba. Que el máximo metafísico de esta centuria haya sido, a la vez, un enemigo de nues-

tro tiempo y un admirador pasajeramente entusiasmado del totalitarismo nazi, da que pensar en nuestras propias contradicciones, es decir, en nuestra identidad histórica. Porque Heidegger, mal que le pesara, también era un ente y estaba flotando, perdido y angustiado, en el devenir de los demás entes. Intentó tocar la orilla pensándose como un instrumento del ser pero cada vez que dijo «yo soy» (y lo dijo esquivamente pero siempre) se anotó en un episodio de la historia humana.

**Blas Matamoro**



Biblioteca de la UNAM, México DF

## América en los libros

**Culturas prehispánicas de México, Guatemala y Honduras**, *María Longhena*, México D.F., *Monclém*, 1998, 292 pp.

El original de esta obra es italiano; en español se la ha publicado también en Barcelona (Muntaner) en el mismo año. En nuestra lengua estaba haciendo falta una obra de este tipo, con una visión general de esta región arqueológica (Mesoamérica), con grandes ilustraciones en colores y de alta calidad. Esto último bastaría para asegurar a la obra un puesto privilegiado en la docencia universitaria, ya que es imposible estudiar culturas tan distintas de la nuestra (europea occidental) sin exhibir continuamente objetos de su cultura material. El dibujo en las páginas plegadas 28-33 (1,47 m. de ancho total), por ejemplo, es una invaluable reconstrucción del centro de Teotihuacán; hay otra de Copán en páginas 255-258. Las máscaras reproducidas en páginas 14-15 y 16-17 superan incluso el tamaño original.

El texto abarca una «historia de la Mesoamérica precolombina», los temas «Vida cotidiana, arte y religión de los pueblos mesoamericanos» y escogidos «Itinerarios arqueológicos en Centroamérica».

Junto a las culturas más conocidas (olmecas, zapotecas, teotihuacanos, mayas, toltecas, mixtecas, huastecas y aztecas), el primer gran capítulo presenta con lujo de detalles también otras del occidente mexicano (Nayarit y Colima con su inconfundible y bellísima cerámica). El segundo gran capítulo abarca todos los temas importantes de la cultura material y no material: la familia, la educación, la alimentación, la vivienda, la ropa, la música y la danza, la artesanía, la guerra, la muerte y la sepultura, la escritura, la astronomía y los calendarios, las divinidades y los cultos, el sacrificio y el autosacrificio, la arquitectura sagrada y el juego de pelota.

Los itinerarios arqueológicos son inmejorables. Reagrupándolos según su ubicación geográfica, para obtener auténticos itinerarios, encontramos lo siguiente: en la actual capital y sus alrededores: Teotihuacán (y su arquitectura impresionantemente sobria), Tula (la legendaria capital de los toltecas), Xochicalco (que floreció al derrumbarse Teotihuacán), Tenochtitlán (la capital azteca en el actual D.F.) y Cacaxtla (importantes murales); en la costa oeste del Golfo de México: El Tajín (también llamada Veracruz, probablemente totonaca); en la costa sur:

La Venta (esculturas colosales olmecas); saliendo de la capital hacia el S.E. (Oaxaca): Monte Albán (en buena parte zapoteca, con sus extraños «danzantes» que no son tales) y Mitla (mixteca con preciosas decoraciones geométricas); más hacia el este: Palenque (Chiapas, lugar famoso por muchas razones pero sobre todo por la tumba de Pacal), Bonampak y Yaxchilán (Alto Usamacinta, frontera con Guatemala, hasta hace poco accesibles solamente por aire); en el norte y centro de Yucatán: Chichén Itza (obras de arte de extilo mixto), Uxmal, Kabáh, Lahná, Sayil y Edzná (extraordinarias muestras del estilo Puuc), además de Dzibilchaltún (lugar cercano a los anteriores pero de estilo algo atípico); en la costa este de Yucatán: Tulum; en el Petén guatemalteco: Tikal (con las pirámides más empuñadas del mundo maya) y Uaxactún (semiinvadido por una población campesina actual); en Honduras, finalmente: Copán (uno de los sitios mayas clásicos por excelencia).

Sería difícil exagerar la utilidad de esta obra: excelente tanto para la docencia (por ser altamente legible y sumamente informativa) como para preparar viajes al mundo maya con un trasfondo infinitamente superior al simplemente turístico.

**Diccionario de arquitectura mesoamericana**, Paul Giendrop, México D.F., Trillas, 1997, 238 pp.

Mesoamérica es el nombre que introdujo Kirchhoff en los años '40 para denominar la región ocupada, antes de Colón, por las altas culturas centroamericanas; abarca una buena parte de México (que ya es América del Norte, aunque muchos europeos se resistan a entender esto) y la mitad superior occidental de América Central. La arquitectura mesoamericana, por tanto, es la arquitectura precolombina de alta cultura de dicha región que incluye bastante más que las pirámides aztecas y mayas.

La referencia a la arquitectura, por otra parte, señala claramente la voluntad del autor de estudiar los aspectos técnicos y científicos de la edificación, y no sólo los artísticos que suelen prevalecer en buena parte de la bibliografía. La voluntad de no dejar de lado nada importante, sin embargo, ha llevado al autor y a sus más de 40 colaboradores a incluir contribuciones de ciencias y técnicas muy diversas. Gendrop era arquitecto, muy conocido por sus obras sobre arte mesoamericano; falleció antes de ver publicado este proyecto.

Los términos empleados en otros idiomas no siempre sirven para Mesoamérica; por ejemplo el inglés *balaustrade*, en español *alfarda*. Como es de suponer, tampoco la